

CAPÍTULO XV

LA RESPONSABILIDAD

Deber y ser. — La ayuda mutua. — El ejemplo. — La negación.  
 — La ciencia en la creencia. — El hombre inútil. — La  
 acción del carácter. — Perthes. — El joven. — Eternidad de  
 las palabras y de los ejemplos. — El bien y el mal. — Los  
 malos libros. — Responsabilidad de los autores. — El libro  
 leproso. — La novela escrofulosa. — El libro fisgón. — Las  
 novelas de Scott. — Carlos Dickens. — Un libro es una voz  
 viva. — Dicho de Wordsworth. — La fábula de Krilof: « El  
 autor y el ladrón ». . . . . 395

CAPÍTULO XVI

FIN

Juventud y ancianidad. — El mensajero invisible. — Wilkie en el  
 Escorial. — Federico el Grande. — El gan Ciró. — Jerjes.  
 — Pericles. — Mahmud el Ghiznevide. — El manufacturero  
 de Manchester. — Carlos IX. — Sydney Smith en el castillo  
 Howard. — El cardenal Mazarino. — Sir Harry Vane. — Sir  
 Wálter Raleigh. — El mariscal francés. — Sir Juan Moore.  
 — Sir Wálter Scott. — Kant al morir. — Jeremias Taylor,  
 sobre la muerte. — La verdadera vida de un hombre. —  
 San Francisco de Asis. — Últimas palabras de sir Wálter  
 Raleigh . . . . . 407  
 Índice alfabético. . . . . 415

EL DEBER

CAPÍTULO PRIMERO

El Deber. — La Conciencia.

Marchaba amparaba por un poderoso campeón; la  
 conciencia. — MILTON <sup>1</sup>.

Cualquiera que sea tu raza ó tu idioma, siempre eres  
 el mismo; ante tu mirada el deber, constante  
 llama, arde con inmutable luz, á través de obs-  
 curos ó de brillantes dias. — *La Oda de la*  
*Vida* <sup>2</sup>.

¿Por qué, ¡oh, hombre! vituperáis el mundo? El  
 mundo es bellissimo, arreglado por la mejor y  
 más perfecta razón, aunque para vos pueda  
 ser impuro y malo, porque vos sois impuro y  
 malo en un mundo bueno. — MARCILIO FICINO <sup>3</sup>.

El hombre no vive para sí sólo. Vive igualmente para el  
 bien de los demás tanto como para el propio. Cada cual tiene  
 deberes que llenar, el más rico lo mismo que el más pobre.

1. He walked attended  
 By a strong-aiding champion — Conscience. — MILTON.

2. Whate'er thy race or speech, thou art the same;  
 Before thy eyes Dutz, a constant flame,  
 Shines always steadfast with unchanging light,  
 Through dark days and through bright. — *The Ode of Life*.

3. Why, O man, do you vituperate the world? The world is most beautiful,  
 framed by the best and most perfect reason, though to you indeed it may be  
 unclean and evil, because you are unclean and evil in a good world. — MAR-  
 CILIUS FICINUS.

Para algunos, la vida es un placer, para otros un sufrimiento. Pero los mejores no viven para el goce propio, ni siquiera para la fama. Su móvil más poderoso es la labor llena de esperanza, y útil para toda causa buena.

Hierocles dice que cada uno de nosotros es un centro, circunscrito por muchos círculos concéntricos. De nosotros se extiende el primer círculo y comprende á padres, esposa é hijos. El siguiente círculo concéntrico comprende á los parientes, después á los conciudadanos y, finalmente, á toda la raza humana.

Cumplir en este mundo con nuestros deberes para con Dios y para con los hombres, conforme é invariablemente, requiere el cultivo de todas las facultades que Dios nos ha concedido. Y él nos ha dado todo. Él es también la voluntad superior que instruye y guía nuestra voluntad. El conocimiento del bien y del mal, el conocimiento de lo justo y de lo injusto, es lo que nos hace responsables ante los hombres aquí, y ante Dios después.

La esfera del deber es infinita. Existe en todas las condiciones de la vida. No podemos escoger el ser ricos ó pobres, ser felices ó desgraciados; pero nos corresponde cumplir con el deber que nos rodea por todas partes. La obediencia al deber, á toda costa y riesgo, es la mismísima esencia de la más elevada vida civilizada. Se deben ejecutar los grandes actos, desearlos, morir por ellos, ahora como en días pasados.

A veces unimos la idea del deber con la confianza del soldado. Recordamos el centinela pagano que fué hallado en Pompeya, muerto en su puesto durante el enterramiento de la ciudad bajo las cenizas del Vesubio, hace mil ochocientos años. Éste era el verdadero soldado. Era su deber. Había sido colocado para guardar ese puesto, y no lo abandonó. Quedó sofocado por los vapores sulfurosos de las cenizas que caían. Su cuerpo fué reducido á cenizas, pero sobrevive su memoria. A un se ven su yelmo, su lanza y su coraza en el museo de Nápoles.

Este soldado era obediente y disciplinado. Hizo aquello para que fué escogido. La obediencia al padre, al maestro, al superior, es lo que debiera aprender todo aquel que quiera obrar bien. La infancia debiera principar con la obediencia. Con

todo, la edad no nos dispensa de ella. Tenemos que ser obedientes hasta el fin. El deber en su forma más pura es tan compulsivo, que al llenarlo uno, jamás piensa en manera alguna en sí. Ahí está. Tiene que ser cumplido sin idea alguna de sacrificio de sí mismo.

Si nos acercamos á una época muy posterior á la del soldado romano de Pompeya, cuando el *Birkenhead* se había ido á pique frente á la costa de África con sus valientes soldados á bordo, que hicieron un *feu de joie*<sup>1</sup> al sepultarse bajo las olas, fué obsequiado el duque de Wellington con un banquete en la Academia Real, después que la noticia hubo llegado á Inglaterra. Dice Macaulay: « Observé (y el señor Lawrence, el ministro americano, lo observó también) que en elogio de los infelices que habían sucumbido, jamás habló el duque de su valor, pero sí siempre de su disciplina y subordinación. Lo repitió varias veces. Supongo que el valor lo trataba como cosa que debía sobrentenderse.

El deber es consagrado á sí mismo. No es meramente intrépido. El gladiador que combatía contra un león con el valor de un león, era impulsado por el ardor de los espectadores, y nunca se olvidaba de sí y de sus premios. Pizarro estaba lleno de atrevimiento, pero en medio de sus terribles penalidades se hallaba animado por su amor al oro.

« ¿Queréis ser grande? preguntaba san Agustín, pues principiad entonces por ser pequeño. ¿Deseáis construir un vasto y elevado edificio? Pensad primero en los cimientos de la humildad. Cuanto más alto tenga que ser vuestro edificio, tanto más profundo deben ser sus cimientos. La modesta humildad es la corona de la belleza. »

La mejor clase de deber se realiza en secreto, y fuera de la vista de los hombres. Allí efectúa su obra consagrada y noblemente. No sigue la rutina de la moralidad de formas convencionales de la sociedad. No se pregona á sí misma. Adopta un credo más amplio y un código más elevado; y el hecho de

1. Fuego de regocijo.

someterse á él y obedecerlo, basta para considerar á toda vida y toda acción humanas bajo la luz de una eterna obligación hacia la raza. Nuestras maldades ó nuestras acciones negligentes incurren siempre en deudas que, más tarde ó más temprano, tiene que abonar la humanidad.

¿Pero cómo aprender á cumplir nuestro deber? ¿Habrá en ello alguna dificultad? Primeramente, está el deber universal y continuado hacia Dios. Siguen después otros: el deber hacia la familia; el deber hacia nuestros vecinos; el deber de los amos hacia los sirvientes y de éstos para con los amos; el deber para con nuestros semejantes; el deber para con el Estado, que á su vez también tiene que llenar su deber para con los ciudadanos.

Muchos de estos deberes se llenan y se cumplen privadamente. Nuestra vida pública puede ser conocida muy bien, pero en privado está aquello que nadie ve: la vida interior del alma y del espíritu. Nadie puede matar nuestra alma, la que sólo puede perecer por su propio suicidio. Si cada uno de nosotros podemos hacernos un poco mejores, más puros y más nobles, habremos obrado quizá lo mejor que podamos.

He aquí el modo cómo correspondió á su cargo un legislador americano:

Hará un siglo poco más ó menos, que tuvo lugar un eclipse de sol en Nueva Inglaterra. Púsose muy obscuro el cielo, y a muchos les pareció, que había llegado el día del juicio final. Sucedió que estaba en sesión la legislatura de Connécticut, y al llegar la obscuridad propuso uno de los miembros de la cámara que se levantara la sesión; levantóse entonces el viejo legislador puritano, Davenport de Stamford, y dijo, que si había llegado el último día, deseaba ser encontrado en su puesto cumpliendo con su deber; por cuya razón proponía que se trajeran velas para que la cámara pudiera continuar tratando los asuntos pendientes. Esperar en el peustō del deber era la máxima de ese hombre sabio, é hizo aceptar su proposición.

Existía un hombre de constitución débil, el cual empleaba gran parte de su tiempo en obras filantrópicas. Visitaba los en-

fermos, se sentaba al lado de ellos en sus miserables hogares, los asistía y les ayudaba de todas maneras. Á causa de ello fué reconvenido por sus amigos, que le censuraban por el descuido de sus negocios, y le aguraban que contraería de seguro alguna enfermedad á causa de sus visitas á los que tenían fiebre y á los moribundos; pero él contestó á sus amigos con firmeza y sencillez: «Atiendo á mis negocios en obsequio de mi mujer y de mis hijos, pero sostengo que el deber de un hombre hacia la sociedad, le impone que tenga cuidados para con aquellos que no son de su propia casa.»

Éstas eran las palabras de un amante servidor del deber. La persona que da su dinero no es el verdadero bienhechor de sus semejantes, sino aquella que se da *personalmente*. El que da su dinero es puesto en evidencia; el hombre que da su tiempo, su fuerza y su alma, es amado. El uno será recordado, mientras que el otro podrá ser olvidado, pero nunca morirá la buena influencia que ha sembrado.

Pero ¿cuál es el fundamento del deber? Julio Simón ha escrito un precioso libro, *le Devoir*, en el cual sostiene que el deber depende de la libertad. Los hombres tienen que ser libres para poder cumplir con sus deberes públicos, lo mismo que para formar su carácter individual. Tienen libertad para pensar; luego pues, deben ser libres para obrar. Así mismo, bien puede la libertad ser usada para hacer el mal, en vez de usarla para hacer el bien. La tiranía de la multitud es peor que la tiranía del individuo. Thoreau, el americano, dice que la libertad moderna es tan sólo el cambio de la esclavitud del feudalismo por la esclavitud de la opinión.

La libertad, gozada igualmente por todos los hombres, es una idea reciente en la historia<sup>1</sup>. En las épocas remotas, los

1. El sentimiento de que el trabajo no es una ocupación honrosa, no es más que el sobrevivir de los antiguos tiempos paganos y feudales, cuando el arado fué dejado á los esclavos y sólo los villanos sembraban el trigo. La definición romana del gentilismo era *gentem habent soli cujus parentis, nemini servierunt*, «solamente son gentiles aquellos cuyos antecesores jamás sirvieron.» La idea que prevalecía en la república norte americana, conforme á la que, la sangre del esclavo mancha aún en su más extrema rama,

hombres llamados *libres* poseían el derecho de ser servidos por esclavos. Había esclavitud en el Estado, y también en la familia. Existía en las repúblicas, lo mismo que en las monarquías. Catón el mayor, el más grande economista de la Roma republicana, demostraba la conveniencia de deshacerse de los esclavos viejos para evitarse la carga de su manutención. Los esclavos enfermos ó inválidos eran llevados á la isla Esculápicas, en el Tíber, donde se les hacía morir de enfermedad ó de hambre. En la Roma imperial, estaba sujeto el *Populus Romanus* á la caridad pública. En Inglaterra, también, cuando se abolió la esclavitud, y cuando ya los pobres no eran alimentados por la caridad de los monasterios, se dió una mísera ley, que era tan sólo una compensación por la pérdida de la libertad.

Hay una palabra más fuerte que la de libertad, y ésta es conciencia. Desde el principio de la civilización ha sido reconocido el poder de esta palabra. Menandro, el poeta griego que vivía trescientos años antes que Jesucristo, lo reconocía debidamente. «En nuestro propio pecho, decía, tenemos un Dios; nuestra conciencia.» En otra parte dice: «No es vivir, vivir para sí mismo. Cuando hagáis lo que es sagrado, hacedlo alegremente, sabiendo que Dios mismo toma parte con legítimo valor. Un corazón generoso es la gran cosa que necesita el hombre.»

La conciencia es aquella facultad peculiar del alma que pudiera llamarse el instinto religioso. Revélase primeramente cuando notamos la lucha en nosotros mismos entre una naturaleza elevada y una baja — el espíritu batallando contra la

es de origen romano, decididamente. «Queridos campesinos alemanes, decía Heine, id á América; allí no encontraréis ni príncipes, ni nobles; todos los hombres son iguales, con la excepción, en realidad, de unos pocos millones que tienen el cutis negro ó moreno, y que son tratados como perros. Aquel que tiene el menor rastro de descendencia de negro, ya no pone de manifiesto su origen por el color, sino en las formas de su cara; está obligado á sufrir las mayores humillaciones... Indublamante que más de un corazón noble lamentará en silencio esa pesquiza é injusticia universales; pero si quisiera, sin embargo luchar contra ellas, le esperaría un martirio superior á toda concepción europea.»

carne — del buen esfuerzo para el dominio sobre el mal. Dirigid la vista adonde queráis, en la Iglesia ó fuera de la Iglesia, siempre continúa la misma lucha, guerra á vida ó muerte; hombres y mujeres atormentados por la inquietud, porque aman el bien y no pueden alcanzarlo aún.

De esta experiencia ha nacido la religión, la ley más elevada que nos conduce hasta Aquel á quien representa la ley de la conciencia. «Es un examen interno, dice el canónigo Moseli, sobre lo que ha sido edificada toda religión. Concentrándose en sí mismo el hombre y viendo allí la lucha, ha sacado entonces el conocimiento propio, y por ello, el conocimiento de Dios.» Bajo esta influencia conoce, y siente el hombre lo que es justo é injusto. Tiene la elección entre el bien y el mal. Y, libre para elegir, llega á ser por esta razón, responsable.

Sea lo que fuere aquello en que los hombres puedan creer teóricamente, ninguno siente prácticamente que sus acciones son necesarias é inevitables. No hay coartación alguna sobre nuestra volición. Sabemos que no somos compelidos como por un encanto, á obedecer ningún móvil especial. «Sentimos, dice Juan Stuart Mill, que si quisiéramos probar que tenemos el poder de resistir el móvil, lo podríamos hacer, y sería humillante para nuestro orgullo, y paralizador de nuestro deseo de excelencia, que pensáramos de otro modo.»

Nuestros actos pueden tener sujeción, de lo contrario ¿por qué en todas partes del mundo hacen los hombres leyes? Se las establece para que sean obedecidas, porque es creencia universal, como lo es universal el hecho, de que los hombres las obedecen ó no, conforme lo quieren y resuelven en sí. Cada uno de nosotros siente que nuestros hábitos y tentaciones no son nuestros amos, sino que nosotros lo somos de ellos. Aun cediendo á ellos, sabemos que podríamos resistir, y que si quisiéramos desprendernos completamente de ellos, no se necesitaría para ello un deseo ó una voluntad más fuertes de lo que nos conocemos capaces de sentir.

Para disfrutar de la libertad espiritual más elevada, tiene que haber sido despertada la mente por la instrucción. Con-

forme se ilustra el espíritu, y la conciencia manifiesta su poder, se aumenta la responsabilidad del hombre. Se somete á la influencia de la voluntad suprema, y obra de conformidad con ella, no por la compulsión, sino libremente; y la ley que le sostiene es la del amor. En el hecho de creer que implica saber y confianza, se revela su humanidad. Por su misma acción libre, su fe, y su obrar de conformidad con el propósito de una voluntad suprema, siente que está ejecutando lo bueno, y asegurándose el supremo bien.

« El hombre sin religión, dice el arcediano Hare, es la criatura de las circunstancias; pero la religión está sobre todas las circunstancias, y le elevará sobre todas ellas. » Y Tomás Linch, en su *Teófilo Trinal*, dice : « Hasta que no estemos fijados terminantemente, no somos libre. La bellota tiene que estar debajo de la tierra, antes que pueda desarrollarse el roble. El hombre de fe es el hombre que ha echado raíz, en Dios; nuestras obras prueban nuestro corazón, nuestro corazón en Dios. » Encontramos en el Nuevo Testamento : « Allí donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad. » Y Cowper : « Libre es el hombre á quien la verdad le ha hecho libre: comparados con él todos son esclavos<sup>1</sup>. »

Donde no existe ese reconocimiento de la ley divina, obran los hombres obedeciendo á los sentidos, á la pasión, al egoísmo. Al entregarse á cualquier inclinación viciosa saben que obran mal. La ley de la naturaleza clama contra ellos. Saben que su acción ha sido voluntaria y pecaminosa; pero se ha debilitado su poder para resistir en lo futuro. Su voluntad ha perdido fuerza; y otra vez cuando se presente la tentación será menor la resistencia. Entonces se forma el hábito. El castigo de cada hecho está en que, aumentando constantemente produce el mal.

Pero la conciencia no está muerta. No podremos cavar una sepultura y decirle que permanezca allí. Podremos pisotearla,

1.

He is the freeman whom the truth makes free.  
And all are slaves beside.

pero seguirá viviendo. Cada pecado ó crimen tiene su ángel vengador en el momento de su perpetración. No podemos cerrar nuestros ojos á ella, ó tapar nuestros oídos. « La conciencia es la que nos hace á todos cobardes. » Llega un día del juicio, aun en este mundo, y entonces se nos presenta erguida, confrontándonos, y aconsejándonos que volvamos á la vida buena y honrada.

La conciencia es permanente y universal. Es la esencia misma del carácter individual. Da al hombre el dominio de sí mismo, el poder para resistir á las tentaciones y despreciarlas. Todo hombre está obligado á desarrollar su individualidad, á esforzarse en encontrar el verdadero camino de la vida y marchar sobre él. Tiene la voluntad para hacerlo así, tiene el poder para ser él mismo y no el eco de otro, ni el reflejo de bajas condiciones, ni el espíritu de convenciones corrientes. La verdadera virilidad procede del dominio sobre sí mismo, de la sujeción de las facultades inferiores para levantarse á las más elevadas condiciones de nuestro ser.

La única práctica comprensiva y sostenida del dominio sobre sí mismo se adquiere por medio del ascendiente de la conciencia, en el sentido del deber cumplido. Únicamente la conciencia es la que eleva al hombre, libertándole del dominio de sus propias pasiones y tendencias. Le coloca en consonancia con los mejores intereses de su especie. La fuente más verdadera de gozo se encuentra en las sendas del deber. La fruición vendrá como el espontáneo dulcificante del trabajo, y coronará toda obra justa.

En su más completo desarrollo incita á los hombres á hacer todo aquello que los hace felices en el sentido más elevado, y los reprime para que no hagan aquello que los hace desgraciados. « Hay pocos pueblos, entre los civilizados, ó ninguno, dice Hérbert Spéncer, que no convengan en que el bienestar humano esté conforme con la voluntad divina. La doctrina es enseñada por todos nuestros maestros religiosos; está aceptada por todo escritor moralista; debemos, pues, considerarla, sin temor alguno, como una verdad admitida. »

1.

Sin conciencia no puede tener el hombre ningún principio más elevado de acción que el placer. Hace lo que más le place, ya sea sensualismo ó siquiera goce intelectualmente sensual. No hemos venido al mundo para seguir nuestra propia inclinación, disfrutar solamente en la satisfacción propia. Toda la constitución de la naturaleza obra contra esta idea de la vida. El espíritu jamás debiera estar sujeto á las partes menos nobles de nuestra naturaleza. No puede haber ningún dominio sobre sí mismo, excepto aquel que puede ser necesario para evitar las consecuencias de la ley humana.

Una raza constituida así, con inteligencia y pasiones tales como las que posee el hombre, y sin la influencia eminente de la conciencia para gobernar sus acciones, quedaría bien pronto entregada á una completa anarquía, y terminaría en una destrucción mutua. En parte vemos ya los resultados en el loco desenfreno en la vida humana que recientemente ha prevalecido entre los *nihilistas* de Alemania y de Rusia, y el fuego y la destrucción de la guerra de los *comunistas* en París. Predominando un principio semejante, en toda la sociedad, sólo podría conducir á la más completa desmoralización individual, nacional y social.

El único método que queda es el de mandar que vuelvan los hombres á su sentimiento del deber. La tarea de nuestros padres fué la de conquistar el derecho: sea la tarea de esta generación enseñar y propagar el deber. Haced justicia también: la justicia, que es el esplendor de la virtud y la benevolencia, su compañera. Hay una sentencia en los Evangelistas, que sin cesar se nos viene á la memoria, y que debiera ser escrita en cada página de todo libro de moral: « Haced á los otros lo que quisierais que os hicieran. » « En la vida, dice Guillermo de Humboldt, es digno de ser observado especialmente que cuando no estamos ansiosísimos respecto de la felicidad ó de la desdicha, sino que nos consagramos al cumplimiento estricto y liberal de nuestro deber, viene la felicidad espontáneamente, aun más, hasta surge del medio de una vida de congojas, aflicciones y privaciones. »

« ¿Cuál es vuestro deber? pregunta Goethe. Ejecutar los asuntos del día que tenéis delante de vosotros. » Pero esto es un estrechísimo punto de vista del deber. « ¿Cuál es el mejor gobierno? sigue preguntando. « Aquel que nos enseña á goberarnos á nosotros mismos. » Plutarco dijo al emperador Trajano: « Haced que vuestro gobierno principie en vuestro propio pecho, y poned el cimiento de él en el dominio de vuestras propias pasiones. » Aquí vienen bien las palabras dominio sobre sí mismo, deber y conciencia. « Llegará un día, dijo el obispo Hooker, en que tres palabras, pronunciadas con castidad y mansedumbre, recibirán una recompensa mucho más santa que tres mil volúmenes escritos con la desdeñosa agudeza del ingenio. »

Hace bien al alma contemplar las acciones hechas por amor, no por propósitos egoístas, sino por deber, misericordia y amante bondad. Hay muchas cosas hechas por amor, que son mil veces mejores que aquellas que se han hecho por dinero. Las primeras inspiran el espíritu de heroísmo y de consagración propia. Las segundas mueren con la donación. Bien poca cosa vale el deber que se compra. El doctor Arnold decía: « Considero que es más que toda riqueza, honor, y hasta salud, la amistad debida á las almas nobles, porque llegar á ser uno con los buenos, los generosos y los leales, es ser en cierto modo uno mismo bueno, generoso y leal. »

Cada hombre tiene que prestarse un servicio, á sí mismo como individuo, y á aquellos que le rodean. En verdad, la vida es de poco mérito, á no ser que esté consagrada por el deber. « Enseñad, pues, esas cualidades, dijo Marco Aurelio Antonino, que están por completo en vuestro poder: la sinceridad, la formalidad, el sufrimiento en el trabajo, lá aversión al placer, el contento con vuestra parte y con pocas cosas, la benevolencia, la franqueza y la magnanimidad. »

Puede existir el poder intelectual mayor sin que tenga una partícula de magnanimidad. Esta última proviene del más elevado poder del espíritu del hombre, la conciencia; y de la más elevada facultad; la razón, y la aptitud para la fe, aquella por

la cual el hombre es capaz de concebir más de lo que los sentidos pueden proveer. Esto es lo que hace del hombre una criatura razonable, algo más en fin, que un mero animal. Darwin ha dicho con mucha verdad « que los móviles de la conciencia, en su relación con el arrepentimiento y los sentimientos del deber, son las diferencias más importantes que separan al hombre del animal<sup>1</sup>. »

Se nos invita á creer en la potencia todopoderosa de la materia. Debemos creer solamente en aquello que podemos ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos. No debemos creer sino aquello que comprendamos. Pero ¡ cuán poco conocemos y entendemos de un modo absoluto! Sólo vemos la superficie de las cosas « como en un vidrio, obscuramente. » ¿Cómo puede ayudarnos la materia á entender los misterios de la vida? Absolutamente nada sabemos sobre las causas de la volición, la sensación y la acción mental. Sabemos que existen, pero no las podemos comprender.

Cuando un joven declaró al doctor Parr que no quería creer en nada que no pudiera comprender: « Entonces, señor, dijo el doctor, vuestro credo es el más corto de los que profesan todos los hombres que conozco. » Pero Sydney Smith dijo algo mejor que esto. En una comida en la *Mansion Holland*, se proclamó un extranjero como materialista. Al poco rato observó Sydney Smith: « ¡Este es un *soufflet* muy bueno! » Á lo cual el materialista agregó: *Oui, monsieur, il est ravissant!*<sup>2</sup> « Á propósito, replicó Smith con su aplicación abrumadora de costumbre, ¿puedo preguntaros, señor, si creéis en un cocinero? »

Debemos creer en mil cosas que no comprendemos. La materia y sus combinaciones son un misterio tan grande como lo es la vida. Mirad á aquellos innumerables y lejanos mundos que giran majestuosamente en sus órbitas determinadas; ó á esta tierra en que vivimos, que ejecuta su movimiento diario sobre su propio eje, durante su circuito anual al rededor del

1. *Origen del hombre*, vol. I. cap. II.

2. Sí, señor, excelente.

sol. ¿Qué comprendemos sobre las causas de esos movimientos? ¿Qué podremos saber jamás sobre ellas, más allá de que son cosas que existen?

« El circuito del sol en los cielos, dice Pascal, vasto como es, es en sí mismo tan sólo un punto delicado cuando se le compara con los circuitos aun más vastos que son ejecutados por las estrellas. Más allá del alcance de la vista, este universo no es sino un punto en el dilatado seno de la naturaleza. Sólo podemos pensar en átomos si lo comparamos con la realidad, que es una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. ¿Qué es el hombre en medio de este infinito? Pero existe otra perspectiva no menos sorprendente: es el infinito debajo de él. Dejadle que vea la más pequeña de las cosas que caen al alcance de su observación, una cresa. Tiene miembros, venas, sangre que circula en ellas, y lóbulos en esa sangre, humores y suero. Dentro de la cubierta de este átomo os voy á mostrar no solamente el universo visible, sino hasta la misma inmensidad de la naturaleza. Quien quiera que entregue su mente á pensamientos como éstos se aterrorizará de sí mismo — temblando en donde la naturaleza le ha colocado — suspendido, por decirlo así, entre lo infinito y la nada. El autor de estas maravillas las comprende, nadie sino él puede hacerlo así. »

Confucio enseñaba á sus discípulos que creyeran que la conducta forma las tres cuartas partes de la vida. « Ponderad la rectitud y practicad la virtud. El saber, la magnanimidad y la energía son lazos universales. La formalidad, la generosidad del alma, la sinceridad, el celo y la bondad constituyen la virtud perfecta. » Estas palabras llegan hasta nosotros como el lejano eco del gran maestro de diez mil siglos, cual le llamaban sus discípulos, el santo y profético sabio Confucio.

Pero todas estas virtudes emanan del maestro, del instructor innato, la conciencia. De este primer principio se derivan todas las reglas de conducta. Nos ordena hacer lo que llamamos justo, y nos prohíbe hacer lo que llamamos injusto. En su completo desarrollo nos ordena que hagamos lo que hace fe-

lices á los demás, y nos prohíbe hacer lo que hace desgraciados á nuestros semejantes.

La gran lección que hay que estudiar, es que el hombre debe fortificarse para cumplir con su deber y hacer lo que es justo, buscando su felicidad y la paz interna en cosas que no se las puedan quitar. La conciencia es el combate por el cual conseguimos el dominio sobre nuestros propios defectos. Es una labor silenciosa en el hombre interno, con la cual prueba su poder peculiar de la voluntad y del espíritu de Dios.

También tenemos algo que aprender de los antiguos y nobles griegos respecto de la virtud del deber. Sócrates es considerado por algunos como el fundador de la filosofía griega. Era creencia suya la de haber sido encargado especialmente por la divinidad para despertar en los hombres el conocimiento moral.

Había nacido en Atenas 468 años antes de Cristo. Recibió la mejor educación que podía recibir un ateniense. Aprendió primeramente la escultura, en la que adquirió alguna fama. En seguida sirvió á su patria como soldado, según costumbre y deber de todos los ciudadanos atenienses. El juramento que hizo, junto con todos los otros jóvenes, fué el siguiente: «No deshonraré las armas que me han sido confiadas por mi patria; ni tampoco abandonaré el lugar que me sea encargado para su defensa.»

Desplegó mucha fortaleza y valor en todas las expediciones en que tomó parte. En uno de los encuentros que tuvo lugar frente á Potidea, cayó Alcibiades herido en medio del enemigo. Sócrates se abalanzó para salvarle, y le llevó á la retaguardia junto con sus armas. Por esta valiente acción fué premiado con la corona cívica como premio del valor: cruz Victoria de aquellos días. Su segunda campaña no fué menos honrosa. En la desastrosa batalla de Delio, salvó la vida á Jenofonte, á quien sacó del campo sobre sus hombros, peleando durante el camino. Sirvió en otra campaña, después de la cual se consagró al servicio civil de su país.

Fué tan valiente senador, como soldado. Poseía aquel eleva-

do valor moral que puede arrostrar no sólo la muerte, sino también la opinión adversa. Podía desafiar á un tirano lo mismo que á un populacho tiránico. Cuando los almirantes fueron juzgados después de la batalla de Arginusæ por no haber recobrado los cuerpos de los muertos, Sócrates fué el único que los defendió. El populacho estaba furioso. Fué despedido del consejo, y los almirantes fueron condenados.

Sócrates se dedicó entonces á la enseñanza. Se paraba en los mercados, entraba á los talleres y visitaba los escuelas, para enseñar al pueblo sus ideas respecto del fin y valor del pensamiento y de la acción humana. Apareció en una época de completo escepticismo. Se esforzó por sacar á los hombres de su metafísica especulativa sobre la naturaleza, que les había conducido á la intrincada confusión de la duda. «¿Vale la vida la pena de vivir?» era un asunto de tanta meditación especulativa en aquellos días, como lo es en los nuestros. Sócrates les pidió que vieran en sus propios corazones. Mientras que los hombres sacrificaban á los dioses, insistía él sobre la conducta moral como lo único que guía al hombre hacia la felicidad, aquí y más tarde.

Sócrates siguió enseñando. Hombres sabios y discípulos le seguían. Ofrecióle Aristipo una gran suma de dinero, pero el ofrecimiento fué rechazado en el acto. Sócrates no enseñaba por dinero, sino para propagar la sabiduría. Declaró que la mayor recompensa que podía disfrutar sería ver que la humanidad aprovechara sus esfuerzos.

No exponía de los libros; argüía solamente. « Los libros decía, no pueden ser interrogados, no pueden contestar, por consiguiente no pueden enseñar. Sólo podemos aprender de ellos lo que ya sabíamos antes. » Se esforzó en reducir las cosas á sus primeros elementos y llegar á la certeza como la única regla fija de la verdad. Creía en la unidad de la virtud y afirmaba que era susceptible de enseñanza como materia de ciencia. Era de opinión que la única filosofía digna de atención es aquella que nos enseña nuestros deberes morales y nuestras esperanzas religiosas. Odiaba la injusticia y la locura, de cual-

quier clase que fueran, y jamás perdió la ocasión de censurarlas. Expresaba su desprecio por la capacidad para el gobierno que se atribuían todos los hombres. Sostenía que sólo los sabios eran dignos de gobernar y que éstos eran los menos.

Tenía setenta y dos años cuando fué llevado ante los jueces. Los acusadores expusieron sus cargos de este modo : Sócrates es un malhechor y un corruptor de la juventud; no admite los dioses que el Estado reconoce, sino que introduce nuevas divinidades. Fué juzgado por estos motivos y sentenciado á morir. Fué conducido á su prisión, y durante treinta días conversó con sus amigos sobre sus tópicos favoritos. Crito le proporcionó los medios de escapar de la prisión, pero él no quiso aprovechar la ocasión. Habló sobre la inmortalidad del alma <sup>1</sup>, sobre el valor, la virtud, y la templanza; sobre la belleza absoluta y el bien absoluto, y sobre su mujer y sus hijos.

Consolaba á sus amigos embargados por el llanto y les vituperaba con dulzura sus quejas sobre la injusticia de su sentencia. Estaba para morir. ¿Por qué tenían que lamentarse? Estaba muy avanzado en años. Si esperaban un poco de tiempo, habría acontecido el hecho en su curso natural. Jamás hombre alguno dió la bienvenida á la muerte con fe más grande, como á un nuevo nacimiento hacia un estado más elevado del ser. Llegó por fin el momento en que el carcelero le presentó la copa con la cicuta. Bebióla con valor y murió con perfecta tranquilidad. « Tal fué el fin de nuestro amigo, dijo, Fedo, á quien con verdad puedo llamar el más sabio, el más justo y el mejor de todos los hombres que he conocido jamás. »

Los siglos posteriores han apreciado el recuerdo de sus

1. « Si la muerte, dijo hubiera sido el final de todo, harían los perversos un buen negocio al morir, porque estarían felizmente cancelados, no sólo de su cuerpo, sino también de su propia maldad, junto con sus almas. Pero ahora, por cuanto el alma es evidentemente inmortal, no hay escape ó salvación del mal, sino por la adquisición de la más elevada virtud y sabiduría. »  
— JOWETT, *Diálogos de Platón*, I. 483.

virtudes y de su destino, dice el señor Lewes, pero sin aprovechar mucho con su ejemplo y sin aprender de su historia á practicar la tolerancia. Su nombre se ha convertido en una tesis de los escolares y los retóricos. ¡Ojalá se convirtiera en una influencia moral <sup>1</sup>!»

Sócrates no escribió libro alguno. Casi todo lo que sabemos de él lo poseemos por sus discípulos, Platón y Jenofonte, quienes han llenado de fragancia el recuerdo de sus actos, lecciones, padecimientos y muerte. Platón vivió con él diez años, y expuso después sus ideas en los célebres *Diálogos*, pero en estos diálogos es difícil saber cuál es Platón y cuál es Sócrates. Después que la muerte les separó, Platón, que tenía entonces cuarenta años, se fué á Sicilia. Allí conoció á Dioniso I, el tirano de Siracusa. Á consecuencia de una divergencia de opiniones sobre política, le amenazó el tirano en su vida, pues Platón era intrépido y libre en sus expresiones sobre la libertad. Dion, su hermano, intercedió por él y le salvó la vida, pero se le vendió como esclavo. Fué comprado por un amigo, quien inmediatamente de dió la libertad.

Platón regresó á Atenas y principió á enseñar. Siguiendo á su maestro, no enseñaba por dinero y lo hacía sin retribución. No es necesario seguir su historia. Baste decir que se consagró á inculcar la verdad, la moralidad, y el deber. Dividió las cuatro virtudes cardinales en : 1.ª *Prudencia y sabiduría*; 2.ª *Valor, constancia y fortaleza*; 3.ª *Templaza, discreción y dominio sobre si mismo*, y 4.ª *Justicia y rectitud*. Admitía esta división de la virtud como la base de su filosofía moral. « Dejad que los hombres de todas las clases, decía, ya sean afortunados ó desgraciados, ya sea que triunfen ó no, dejad que cumplan con su deber y que queden satisfechos. » ¡Qué lección para los siglos futuros encierran estas palabras!

Platón consagró el fin de sus días al tranquilo retiro de su Academia. La composición de los *Diálogos*, que han sido la admiración de la posteridad, fué el alentador solaz de su vida,

1. *Historia biográfica de la filosofía*. I, pág. 216. (1.ª edic.)

y especialmente de sus últimos años. Ha sido llamado Platón el Divino. Su alma anhelaba por la verdad. Tan sólo esto, decía, debiera ser el gran objetivo del hombre. Como su maestro, enlazaba con la suprema inteligencia los atributos de bondad, justicia, y sabiduría, y la idea de mediación directa en los asuntos humanos. Tenía aversión á la poesía, tanta como Carlyle <sup>1</sup>. La única poesía que alguna vez elogia, es la poesía moral, que en realidad es filosofía versificada. Observaremos que vivió como cuatrocientos años antes de Cristo. Coleridge habla de él como del legítimo profeta de la era cristiana; y el conde de Maistre tenía la costumbre de decir de él : « No abandonemos jamás una gran cuestión sin haber consultado á Platón. » El Nuevo Testamento da un ideal elevado de una vida humana posible; pero difíciles han de ser las tareas de aquel que se esfuerce en conservar ese ideal, sobre todo en su espíritu.

Sentimos que existe algo más que quisiéramos hacer, mucho mejor de lo que nos es obligatorio. Pero el deber está ahí, y tiene que ser cumplido, sin soñar y sin pereza. Cuánto de la filosofía, de la salud moral y de la felicidad se halla comprendido en el precepto : « Cualquiera cosa que tu mano encuentre que hacer, hazlo con todas tus facultades. » El que hace todo lo que puede, cualquiera que sea su suerte, está en el camino seguro de la prosperidad.

1. Dice Carlyle : « Si tenéis algo provechoso que comunicar á los hombres, por qué *cantarlo*? Que el hombre tenga que mostrar su don en palabras de cualquier clase, y no en silenciosas acciones divinas, que son las únicas que convienen para expresarlas bien, me parece que es para él un gran infortunio. Es una de mis constantes penas en esta generación, que hombres á quienes los dioses han dado un genio (lo que quiere decir luz de la inteligencia, valor y todo esfuerzo, ó de otro modo nada significa), insistan en una época tan diligente como ha llegado á ser la nuestra, en manifestar su don divino en forma de versos; que ahora ningún hombre lee ya seriamente. » Por otra parte, dice Mateo Arnold en su introducción á *Los poetas ingleses*, que nuestra raza, conforme adelantan los tiempos, hallará en la poesía un descanso cada vez más seguro. « No hay un credo que no sea conmovido, ni un dogma acreditado, que no se le ponga como cuestionable, ni una tradición recibida que no amenace disolverse. Nuestra religión se ha materializado de hecho, en el hecho supuesto, ha adherido sus emociones al hecho, y ahora les falta. Pero para la poesía la idea es todo; lo demás es un mundo de ilusión, de divina ilusión engañosa. »

Se refiere de uno que exclamó en medio de una profunda desesperación : « De nada sirve ser bueno, porque no podéis ser bueno, y si lo fuerais, ningún bien os haría. » Hablar así de la bondad de la palabra y del trabajo es un acto desesperado, sin verdad y sin fe. Cada uno de nosotros puede hacer algún bien en su esfera propia de la vida. Si podemos hacerlo, estamos obligados á ello. No tenemos más derecho á ser inútiles que á destruirnos.

Tenemos que ser rectos tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Nos hallamos en el deber de hacer buen uso de una de nuestros dotes naturales, lo mismo que de las muchas que nos han sido dadas. Podemos seguir los dictados de nuestra conciencia y marchar, aunque solos, en el sendero del deber. Podemos ser honrados, veraces y diligentes, aunque más no fuera que por respeto propio. Tenemos que ser rectos hasta el fin. ¿Quién no queda sorprendido por la contestación del esclavo que, preguntándole uno que quería comprarle : « ¿Prometes ser leal si te compro? — Sí, contestó el esclavo, lo seré, tanto si me compráis como si no me compráis. »

Se dice en la descripción de un sermón predicado á las clases obreras por el difunto doctor Macleod, en la iglesia señorial de Glasgow, que éste insistió seriamente sobre el carácter. Desde el más elevado hasta el más humilde, éste era el gran propósito que había de tenerse. Dijo, que « la cosa más apreciable que había dejado el príncipe Alberto era el carácter. Sabía perfectamente que muchas personas muy pobres creían que para ella sería imposible tener carácter. Esto no era cierto, y de ello no quería oír hablar. No tenía ante sí un hombre ó una mujer, por pobres que fueran, que con la gracia de Dios no tuvieran en su mano poder dejar tras sí la cosa más grande del mundo, el carácter; y sus hijos podrían levantarse después de ellos y dar gracias á Dios por que su madre había sido una mujer piadosa ó su padre un hombre pío. »

El carácter se forma por el cumplimiento leal de los pequeños deberes, de abnegaciones de sí mismo, de sacrificios propios, y actos bondadosos de amor y de deber. La espina dorsal del

carácter se forma en el hogar doméstico; y aunque las tendencias de la índole sean buenas ó malas, por regla general las impulsarán las influencias del hogar hacia la actividad. « El que es leal en lo poco, es leal en lo mucho; y aquel que es pérfido en lo poco será pérfido en lo mucho. » La benevolencia produce benevolencia, y la verdad y la confianza darán una rica cosecha de verdad y de confianza. Hay muchos actos de benevolencia pequeños y triviales que nos enseñan más sobre el carácter de un hombre, que muchas frases vagas. Ellos son fáciles de adquirir, y sus efectos durarán mucho más que esta misma vida pasajera. Porque ninguna cosa buena se pierde jamás. Nada muere, ni aun la vida, que sólo pierde una forma para tomar otra. No muere ninguna acción buena, ni ningún buen ejemplo. Vive por siempre en nuestra raza. Mientras que el cuerpo se convierte en polvo y desaparece, deja la acción un sello indeleble, y amolda hasta el pensamiento y la voluntad de generaciones venideras. El tiempo no es la medida de un noble trabajo; la generación siguiente participará de nuestro gozo. Una sencilla acción virtuosa ha elevado á toda una aldea, á toda una ciudad, á toda una nación. « El momento presente, dice Goethe, es una deidad poderosa. » Las producciones mejores del hombre, y que le santifican, son sus pensamientos felices, los que una vez formados y puestos en práctica extienden su influencia fertilizadora por miles de años y de generación en generación. Los mejores productos que crecen son aquellos que salen de queñas semillas caídas en la tierra; y es de los dictados internos de la conciencia y de los inspirados principios del deber, de donde han surgido los mejores productos. Wordsworth canta así el deber :

Stern Lawgiver! yet thou dost wear  
The Godhead's most benignant grace;  
Nor know we anything so fair  
As is the smile upon thy face;  
Flowers laugh before thee on their beds,  
And fragrance in thy footing treads;

Thou dost preserve the stars from wrong,  
And the most ancient heavens, through Thee, are fresh  
[and strong<sup>1</sup>.

1. « ¡Austero legislador! sin embargo, usas la más benigna gracia de la divinidad; ni tampoco conozco nada tan bello como lo es la sonrisa sobre tu faz; ante ti sonrien las flores en sus eras, y exhalan su fragancia en las huellas de tus pisadas; tú preservas del mal á las estrellas, los más antiguos cielos son nuevos y fuertes gracias á ti. »